

JORNADA DIOCESANA DE APOSTOLADO SEGLAR DE LA DIÓCESIS DE MADRID

9 de marzo de 2019

“CON MARÍA, DISCÍPULOS MISIONEROS Y SERVIDORES DEL REINO”

Introducción

En primer lugar quiero agradecer a don Rafael Serrano, delegado de Apostolado Seglar de Madrid su labor infatigable y sus muchos años de dedicación al laicado en Madrid y en España. Creo que no es exagerado afirmar que don Rafael Serrano es el laico que mejor conoce el tema del laicado en los últimos 30 o 40 años y es así porque él ha sido y sigue siendo un laico que, desde su amor a la Iglesia, vive con autenticidad su vocación laical de entrega a la misión evangelizadora.

Gracias por tu testimonio don Rafael y por pensar en mí para esta Jornada Diocesana, que lleva por título: “Con María, discípulos misioneros y servidores del Reino”, en el marco del Año Mariano de esta diócesis de Madrid.

Para mí es una enorme satisfacción compartir con ustedes esta Jornada y unas palabras en las que va contenido mi agradecimiento sincero y admiración por la labor pastoral que desempeñáis los laicos en esta diócesis y que repercute a nivel nacional. Mi deseo es animaros en el empeño de seguir anunciando el evangelio como laicos en la Iglesia y en el mundo.

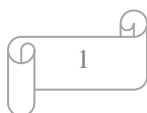
Finalmente, quiero pedir disculpas por las posibles carencias que aún tengo en estas cuestiones, puesto que llevo poco tiempo como Director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar y me considero un aprendiz en este campo tan amplio y apasionante a la vez.

1. Con María a la luz del relato de la Visitación (Lc 1,39-45)

Tomando como referencia el lema de la Jornada: “Con María, discípulos misioneros y servidores del Reino” y por defecto profesional, he optado porque un texto evangélico, en el que aparece la Virgen María, guíe nuestra reflexión de esta mañana.

Dice así el texto:

“En aquellos mismos días, María se levantó y se puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel de Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!, ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis



oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá”

El relato de la visitación de María a Isabel desea poner de manifiesto a los destinatarios del evangelio lucano que la visita del Dios de Jesús en sus vidas debe transformarse en el servicio a los demás, en el anuncio gozoso de la buena noticia, que es Jesucristo, el Salvador.

Este texto dirigido a cristianos del último tercio del siglo I se convierte hoy en una palabra viva y actual para nosotros, cristianos del siglo XXI, que nos sentimos llamados a acoger a la Virgen María en nuestras vidas y en nuestra Iglesia y descubrir la llamada a ser discípulos misioneros de su Hijo Jesucristo y servidores del Reino.

2. María se levanta y se pone en camino a prisa:

El evangelista Lucas, al describir la partida de María desde Galilea a Judea, afirma que “se levantó” (anistemí). Este verbo que traducimos como “levantarse”, siempre aparece en los evangelios teniendo como sujeto a Dios, queriendo expresar que esta acción es fruto de un impulso espiritual o sobrenatural. Será el verbo utilizado para indicar la resurrección de Jesús o la vocación de Leví.

En el episodio que estamos comentando expresa que María se levanta y se pone en camino, no por decisión simplemente humana, por pura filantropía o deseo de ayudar a su prima Isabel. Sino que María lleva a cabo esta decisión movida por el Espíritu Santo. En este sentido podemos afirmar que María, para ir a visitar a Isabel, lleva a cabo un auténtico y verdadero discernimiento.

El discernimiento

Desde mi punto de vista, el punto de partida para descubrir cuál es la vocación laical y su misión en la Iglesia y en la sociedad, es el discernimiento, en sus dos dimensiones: personal y comunitario.

El discernimiento es una herramienta fundamental para que la Iglesia, por tanto también los laicos, lleven a cabo su misión evangelizadora, sin quedarse en bellos propósitos o buenas intenciones.

Este método, dice el Papa Francisco “nos lleva a reconocer los medios concretos que el Señor predispone en su misterioso plan de amor, para que no nos quedemos solo en las buenas intenciones” (GE 169). Por eso, “[e]s preciso esclarecer aquello que pueda ser un fruto del Reino y también aquello que atenta contra el proyecto de Dios. Esto implica no sólo **reconocer e interpretar** las mociones del buen espíritu y del malo, sino —y aquí radica lo decisivo— **elegir** las del buen espíritu y rechazar las del malo” (EG 51).

El discernimiento no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir (GE 166). Además, para que este proceso de discernimiento pueda llevarse a cabo necesitaremos de un estilo caracterizado por la escucha fraterna y el diálogo intergeneracional en

todas sus fases (el Papa insiste mucho en el diálogo y enriquecimiento mutuo entre jóvenes y mayores en la Iglesia).

Esta hora del discernimiento nos debe llevar a preguntarnos con sinceridad: ¿qué nos pide el Señor?, ¿cómo llevar adelante e impulsar la acción de los laicos en aquellas experiencias fundamentales como son la familia, la educación, el mundo del trabajo, la presencia en la vida pública?, ¿cómo acompañar realmente a los laicos en su misión en la Iglesia y en el mundo? ¿Qué lugar ocupa el Apostolado seglar en nuestras iglesias locales?, ¿cómo asumimos la presencia de la mujer en la vida de la Iglesia?, ¿cómo promovemos una pastoral de jóvenes que los prepare para vivir en un mundo en el que Dios ha desaparecido en el horizonte de muchos?

El objetivo es que el discernimiento nos ayude a leer “los signos de los tiempos”, a mirar la realidad actual de la Iglesia y del laicado con esperanza y también con empeño. Es inútil dedicarnos a lamentar los errores del pasado. Quizá lo más oportuno es discernir lo que resulta más conveniente de cara a una efectiva revitalización de la Iglesia. Es decir, el discernimiento, sobre todo, nos debe llevar a mirar hacia adelante, al futuro, a la acción, a la misión y a realizar este ejercicio con alegría y esperanza.

“El discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos” (GE 175).

Un laicado en salida

María, movida por el Espíritu Santo “se pone en camino a prisa...” porque tiene que cumplir una misión, que le exige salir de su casa y de su vida para ir al encuentro de su prima Isabel.

El discernimiento, como he afirmado, no lo hacemos para quedarnos en buenas intenciones, sino que nos lleva a elegir, a actuar, a salir de nosotros mismos, a convertirnos en discípulos misioneros de Cristo.

La expresión “Iglesia en salida” es uno de los conceptos claves del proyecto evangelizador del Papa Francisco, que se encuentra diseñado en la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* (2013).

En el número 24 define el papa Francisco qué entiende por Iglesia en salida: “La Iglesia en salida es la comunidad de discípulos misioneros que primerean, que se involucran, que acompañan, que fructifican y festejan”.

El Papa desea que la Iglesia vuelva a descubrir la importancia del dinamismo de salida, su naturaleza esencial de Iglesia en camino, que se esfuerce por llevar a Jesucristo a todos los rincones del mundo, especialmente a las periferias, es decir, a aquellos lugares donde no llega la luz del evangelio.

La Iglesia está llamada a salir donde se encuentran los hombres y anunciar a Cristo sin temor, porque si no sería una iglesia enferma: “prefiero una Iglesia

accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades” (EG 49).

El Papa Francisco afirmará que este proyecto evangelizador de una Iglesia en salida es tarea de todo el pueblo de Dios, donde los laicos son la inmensa mayoría (EG 102). Desde ahí se entiende que el Papa Francisco piensa que, en esta dinámica de Iglesia en salida, necesitamos un laicado en salida, que se ensucie las manos y no tenga miedo de equivocarse: “Necesitamos –subrayó - laicos bien formados, animados por una fe sincera y límpida, cuya vida haya sido tocada por el encuentro personal y misericordioso con el amor de Cristo Jesús. Necesitamos laicos que se arriesguen, que se ensucien las manos, que no tengan miedo de equivocarse, que salgan adelante” (*Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Consejo Pontificio para los laicos*, 17/06/ 2016).

La identidad eclesial del laico se encuentra perfectamente definida no sólo por la novedad cristiana que procede del bautismo, sino también se caracteriza por su condición en el mundo, esto es, por su índole secular.

El Concilio Vaticano II, en LG 31, subraya claramente este modo de llevar a cabo el laicado su común dignidad bautismal de todo el Pueblo de Dios, que lo distingue, sin separarlo del clero y de la vida religiosa. Afirma que: “*El carácter secular es propio y peculiar de los laicos*”.

Más tarde, la Exhortación Apostólica *Christifideles Laici* (1988), en el número 15, citando al Concilio, pone de manifiesto que la modalidad propia y peculiar del compromiso de los laicos en el mundo se denomina “índole secular” y aboga por entender esta expresión no sólo de un modo sociológico, sino teológico.

Es cierto que los laicos viven y están más en contacto con el mundo que los sacerdotes, por las condiciones ordinarias de la vida familiar y social. Pero hay que intentar evitar el pensar que el campo propio del laico es el mundo, el de los pastores es la Iglesia y el de los religiosos el testimonio escatológico. Porque si la Iglesia está en el mundo, deben de estar todos sus miembros y porque la secularidad es una propiedad que pertenece a toda la Iglesia. Como enseñaba el Papa Pablo VI, la Iglesia “tiene una auténtica dimensión secular, inherente a su íntima naturaleza y a su misión, que hunde su raíz en el misterio del verbo encarnado, y se realiza de formas diversas en todos sus miembros” (Discurso a los Institutos Seculares, 2 de febrero de 1972).

Por tanto, todos los miembros de la Iglesia son partícipes de la dimensión secular, pero lo son de forma diversa, siendo propia y peculiar de los fieles laicos la “índole secular”.

Los laicos, por su vocación bautismal, son invitados a estar presente en el corazón del mundo. Su campo más específico, aunque no exclusivo es “la animación cristiana del orden temporal” (AA, 7). En virtud de esta presencia activa en el orden temporal, los laicos reciben también el nombre de seglares.

El Papa Pablo VI señalaba que el campo de evangelización de los laicos es “el mundo vasto y complejo de la política, de lo social, de la economía, y

también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los medios de comunicación de masas, así como otras realidades abiertas a la evangelización como el amor, la familia, la educación de los niños y jóvenes, el trabajo profesional, el sufrimiento...” (EN, 70).

Esta vocación específica del laico, al servicio de las tareas seculares que hemos enunciado, le compromete a “poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez presentes y activas en las cosas del mundo” (EN, 70). Por eso, pienso que los laicos están llamados a ser “expertos en mundanidad” y esa es una de las grandes riquezas que deben aportar a la Iglesia.

Desde mi punto de vista, hay varios ámbitos seculares que necesitan hoy “con urgencia, a prisa” (como fue María a visitar a Isabel) ser evangelizados por la Iglesia y de un modo específico por los laicos, puesto que están más en contacto con esas realidades:

Un campo prioritario de la realización de la vocación laical es el mundo del matrimonio y la familia. Es fundamental en el momento actual tener laicos cristianos que eduquen a sus hijos en los valores del evangelio, porque la familia es el núcleo de la sociedad.

El anuncio del evangelio de Jesucristo debe conectar con el mundo de la cultura de hoy. Decía Pablo VI que “la ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo” (EN, 20). Es indispensable favorecer la presencia de la Iglesia en la escuela y la universidad, promover el diálogo con la razón y la ciencia, la libertad en la educación, valorar el patrimonio cultural de la Iglesia y potenciar todo lo que vaya en la línea de una mayor inculturación de la fe en el arte y en las manifestaciones religiosas de nuestro pueblo.

El mundo del trabajo, en estrecha relación con el desarrollo económico y social, también es un espacio importante donde se requiere la presencia de un laicado comprometido, que proclame el mensaje liberador del Evangelio.

También es misión de los laicos el estar presente en el complejo mundo de la política, defendiendo las ideas cristianas para promover el bien común. El Papa Francisco afirma que los cristianos: “debemos inmiscuirnos en la política porque la política es una de las formas más altas de la caridad, porque busca el bien común. Y los laicos cristianos deben trabajar en política”.

Y dada su importancia en la actualidad, los laicos deben prestar atención particular a los medios de comunicación social. Esta es una batalla que hemos perdido porque no sabemos comunicar lo que hacemos y somos o porque ha dejado de cobrar interés en la opinión pública el papel de la Iglesia en la sociedad.

Todas estas tareas de los fieles laicos en la construcción del mundo, no se contraponen a la acción intraeclesial del laico, que es oportuna y, en ocasiones necesaria.

3. ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

María se pone en camino para visitar a Isabel, tras haber recibido la buena noticia de que va a ser la Madre del Hijo de Dios y lo hace portando en su seno al Salvador. Isabel, con la expresión "mi Señor", reconoce la dignidad real, mesiánica del Hijo de María.

También la Iglesia, los laicos, son invitados a salir, a ponerse en camino llevando a Jesucristo a los demás, especialmente a los más necesitados, para que se puedan llenar de alegría en sus vidas.

- **Identidad cristiana**

El fundamento de la Iglesia en salida es el encuentro personal con Jesucristo, que transforma la vida del cristiano y desde ahí se convierte en discípulo misionero (EG 120). Evangelizar es cuestión de santidad personal, a la que todos los bautizados debemos aspirar, cada uno en su propio estado de vida en la Iglesia, como nos recuerda la Exhortación *Gaudete et exsultate* (2018).

La vocación del laico, al igual que el origen y fundamento de la Iglesia, hunde sus raíces en el misterio trinitario de Dios. Quizás, este aspecto siendo el más importante para la vida de los laicos, sea a la vez el más desconocido. No lo olvidemos, la verdadera fecundidad de los laicos, como la de los sacerdotes, depende de su unión con Cristo, de que en su vida se haya producido y se siga produciendo un encuentro personal con Cristo resucitado. Por esto, es también tan importante el tema del primer anuncio en la Iglesia, porque la razón de ser de la vida del cristiano y lo que puede hacer que dé frutos es el que se haya producido el encuentro personal con Jesús y le haya cambiado la vida. En esta línea se sitúan los nuevos métodos de evangelización que tanto éxito están teniendo a nivel pastoral en nuestra Iglesia española: Emaús, Effetá, grupos Alpha, Hakuna, Proyecto Conyugal...

Sólo desde su unión vital con Jesucristo, el laico puede llegar a ser un sarmiento fecundo en la vida de la Iglesia y del mundo, porque lo que estamos llamados a anunciar a los demás no son ideas o ideologías, sino a Jesucristo, su Evangelio.

Y la raíz de esta unión íntima con Cristo se encuentra en nuestro bautismo. Se trata de que reflexionemos de nuevo sobre nuestra principal vocación como laicos: el bautismo y lo que este sacramento significa.

Por el bautismo nos convertimos en hijos de Dios, escuchando como propia la voz que un día fue oída a orillas del Jordán: Tú eres mi Hijo amado, en ti mi complazco.

Por el bautismo somos ungidos por el Espíritu Santo, se nos imprime un sello imborrable y llegamos a ser templos vivos del Espíritu Santo.

- **Identidad eclesial**

Por el bautismo somos miembros de un solo cuerpo en Cristo, de la Iglesia, del Pueblo de Dios. Es decir, el bautismo nos hace ser y sentirnos todos Iglesia y partícipes del triple oficio de Cristo: sacerdotal, profético y real.

No podemos obviar el sacramento del bautismo, porque aquí se encuentra también la base para una nueva concepción del laico en la Iglesia.

Antes del Concilio Vaticano II, la Iglesia se concebía como una estructura piramidal, cuyo fundamento radicaba en el sacramento del orden y desde ahí se entendía al laico como subordinado a la jerarquía.

El Concilio Vaticano II, en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*, en el capítulo II, sobre el Pueblo de Dios, no sólo destaca la común dignidad de todos, sino también la prioridad existencial y teologal del laico sobre el sacerdote y el religioso, puesto que para recibir el sacramento del orden o entrar en la vida religiosa se requiere como condición indispensable el bautismo, que es lo que te concede la condición laical. El Concilio Vaticano II supone un cambio de paradigma eclesiológico, porque es ahora el sacerdote y el religioso el que tiene que definirse respecto al laico y no al revés.

El Papa Francisco va insistir con un lenguaje muy sencillo y directo en la común dignidad de todos los miembros de la Iglesia, adquirida por el bautismo, el sacerdocio común: *“Mirar al Pueblo de Dios, es recordar que todos ingresamos a la Iglesia como laicos. El primer sacramento, el que sella para siempre nuestra identidad y del que tendríamos que estar siempre orgullosos es el del bautismo. Nuestra primera y fundamental consagración hunde sus raíces en nuestro bautismo. A nadie han bautizado cura, ni obispo. Nos han bautizados laicos y es el signo indeleble que nunca nadie podrá eliminar. Nos hace bien recordar que la Iglesia no es una elite de los sacerdotes, de los consagrados, de los obispos, sino que todos formamos el Santo Pueblo fiel de Dios. (Carta del papa Francisco al Cardenal Marc Ouellet. 19 de marzo de 2016).*

- **Vocación a la santidad**

Otro tema estrechamente vinculado a la identidad bautismal es la vocación a la santidad. La vocación a la santidad hunde sus raíces en el bautismo y se presenta ante nuestros ojos en los demás sacramentos, especialmente en la Eucaristía. La santidad consiste en hacer realidad en nuestra vida el programa de las bienaventuranzas y el gran protocolo de Mt 25, que nos invita a practicar la misericordia y la justicia. Ser santos conlleva vivir desde la alegría que brota del encuentro con Cristo, estando atentos y vigilantes, llevando a cabo el discernimiento.

La vocación a la santidad es universal, por eso también los laicos están llamados a la santidad en la vida cotidiana, en el contexto actual. “Para ser santos no es necesario ser obispos, sacerdotes, religiosas o religiosos. Muchas veces tenemos la tentación de pensar que la santidad está reservada solo a quienes tienen la posibilidad de tomar distancia de las ocupaciones ordinarias, para dedicar mucho tiempo a la oración. No es así. Todos estamos llamados a ser santos viviendo con amor y ofreciendo el propio testimonio en las ocupaciones de cada día, allí donde cada uno se encuentre” (GE, 14).

Y afirma también el Papa Francisco: Me gusta ver la santidad en el pueblo de Dios paciente: a los padres que crían con tanto amor a sus hijos, en esos hombres y mujeres que trabajan para llevar el pan a su casa, en los enfermos, en las religiosas ancianas que siguen sonriendo. En esta constancia para seguir adelante día a día, veo la santidad de la Iglesia militante. Esa es muchas veces la santidad «de la puerta de al lado», de aquellos que viven cerca de nosotros y son un reflejo de la presencia de Dios, o, para usar otra expresión, «la clase media de la santidad” (GE 7).

La santidad de la que habla el Papa Francisco, muy en consonancia con la espiritualidad ignaciana, es la propia de la vida apostólica, del despliegue misionero, de la Iglesia en salida, de la vida cristiana entendida como misión. Se trata de una santidad de la acción, que hunde sus raíces en el bautismo.

4. María entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En el encuentro entre María e Isabel se hace presente de un modo metafórico la relación entre el Antiguo Testamento (Isabel) y el Nuevo Testamento (María). El Antiguo Testamento acoge al Nuevo con gratitud y confianza, reconociendo en él el don gratuito de Dios, que en Jesús, viene a realizar y completar las expectativas de la gente. Este texto evangélico que estamos comentando nos habla de: encuentro, acompañamiento, comunión, entre dos mujeres de casa que saben percibir la presencia del Reino en medio de sus vidas.

- Cultura del encuentro: el acompañamiento

Como María e Isabel, también la Iglesia, los laicos están llamados a promover una cultura del encuentro, frente a la cultura del descarte. “La Iglesia no es una aduana, es la casa paterna donde hay lugar para cada uno con su vida a cuesta” (EG 47).

La cultura del encuentro significa diálogo, amor, perdón, comprensión, empatía, transparencia, sinodalidad, comunión, corresponsabilidad...

La cultura del descarte no tiene en cuenta ninguno de estos aspectos señalados sino lo contrario, porque se mueve por un principio de desigualdad, de superiores e inferiores.

En la Iglesia, todos somos iguales por el bautismo, aunque cada uno tenga su vocación específica, pero no hay cristianos de primera y de segunda división. Por eso estamos llamados a vivir el acompañamiento, la sinodalidad, la comunión y la corresponsabilidad.

El Papa Francisco subraya que “el servicio del acompañamiento es una auténtica misión, que requiere la disponibilidad apostólica de quien lo realiza.... Acompañar requiere ponerse a disposición del Espíritu del Señor y de quien es acompañado, con todas las propias cualidades y capacidades, y después tener la valentía de hacerse a un lado con humildad” (DF 101).

Los laicos demandan ser acompañados por la Iglesia, por las comunidades cristianas y también por los pastores, en su misión en la vida secular, que no es nada fácil.

En relación al tema del acompañamiento de los laicos en la vida pública, el Papa Francisco escribe que: “No es nunca el pastor el que le dice al laico lo que tiene que hacer o decir, ellos lo saben tanto o mejor que nosotros...Obviamente es imposible pensar que nosotros como pastores tendríamos que tener el monopolio de las soluciones para los múltiples desafíos que la vida contemporánea nos presenta. Al contrario, tenemos que estar al lado de nuestra gente, acompañándolos en sus búsquedas y estimulando esta imaginación capaz de responder a la problemática actual” (Carta del Papa Francisco al Cardenal Marc Ouellet, 2016).

Y que los laicos acompañen también a los sacerdotes... Como sacerdote también descubro que es una riqueza sentirme acompañado por laicos maduros y comprometidos, que me ayudan a ser cada día mejor cura y poder “oler a ovejas”, como tantas veces nos dice el Papa Francisco. Por eso el acompañamiento en la Iglesia debe ser un camino de doble dirección entre los pastores y los laicos.

- **La comunión y la sinodalidad**

Los redactores de la Constitución *Lumen gentium* decidieron hablar de la Iglesia como pueblo de Dios (capítulo II), antes de tratar los temas específicos de la jerarquía (capítulo III) y de los laicos (capítulo IV). De este modo se subraya que la Iglesia es primero, antes que todo, el Pueblo de Dios, de la que forman parte la jerarquía y los laicos. Con esta opción metodológica se pusieron las bases de una eclesiología de comunión, en la que todos los miembros de la Iglesia participamos y somos corresponsables.

El Concilio subraya que todos los fieles laicos están llamados a participar en la misión salvífica de la Iglesia y no como se entendía antes: “los laicos participaban en el apostolado jerárquico de la Iglesia”. Y “participar” no significa cooperar en la tarea que es propia de otros, pues los laicos son Iglesia.

Desde esta perspectiva, en la que se afirma claramente que los laicos son miembros de la Iglesia de pleno derecho por el bautismo, se entiende también que los laicos no sólo pertenecen a la Iglesia, sino que son la Iglesia. Los laicos no son cristianos de segunda clase, al servicio de la jerarquía y simples ejecutores de órdenes que provienen de arriba, sino que como discípulos de Cristo, por el bautismo, están llamados a animar todo ambiente, toda actividad, toda relación humana según el espíritu del Evangelio (LG 31).

La idea de que los laicos son miembros de pleno derecho en la misión de la Iglesia y no meros enviados de la jerarquía, aparecerá de un modo muy claro en LG 33: “*El apostolado de los laicos es la participación en la misma misión salvífica de la Iglesia....Así, pues, todo laico, por los mismos dones que le han*

sido conferidos, se convierte en testigo e instrumento vivo, a la vez, de la misión de la misma Iglesia "en la medida del don de Cristo" (Ef 4,7)".

En la Exhortación *Christifideles laici*, tomando la metáfora de Jn 15 de la viña se afirma que “los laicos no son simplemente obreros que trabajan en la viña, sino que forman parte de la viña misma”.

Sin los laicos no existiría la Iglesia, como nos recuerda el Decreto *Ag gentes* 21: “*La Iglesia no está verdaderamente fundada, ni vive plenamente, ni es signo perfecto de Cristo entre las gentes, mientras no exista y trabaje con la Jerarquía un laicado propiamente dicho*”.

Nada en la Iglesia es ajeno, por tanto, a los fieles laicos, no sólo porque éstos son más del 95% del Pueblo de Dios sino por su razón de pertenencia al misterio de comunión que la constituye y del que es portadora y anunciadora en la trama humana.

Esta visión es el eco de un cambio de perspectiva fundamental respecto al ser de los laicos en la Iglesia. Es el paso de un laicado pensado como consumidor de actividades eclesiales a un laicado como cooperadores –con el ministerio ordenado-- en la misión evangelizadora de la Iglesia en toda su plenitud (cf. LG 33-34).

La comunión: bajo el sello de la Pascua

La comunión como tantas cosas de este mundo sólo será perfecta en la otra vida, en la Vida Eterna. De ahí que podemos afirmar que la comunión está marcada por la simbología pascual: cruz y resurrección.

La confrontación de pareceres y el pluralismo pueden ser purificadores y buenos en sí, y por eso una de las mejores contribuciones a la misma comunión. Las diferencias de pareceres en la Iglesia no deberían romper la comunión, sino deberían ser el camino para lograr la comunión. La paz de los cementerios no es sinónimo de vida y de comunión, más bien de ignorancia recíproca.

En este cuatrimestre enseñé a mis alumnos, laicos, que están en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas de Badajoz la asignatura de San Pablo. Uno de los acontecimientos que va a marcar el futuro del cristianismo será la Asamblea de Jerusalén (Hch15), en el año 50, donde se pone de manifiesto los diversos modos de pensar de Pablo, Pedro y Santiago. Pero tras un rico diálogo, tras la confrontación se llega a un consenso que será un hito para la vida de la Iglesia: la apertura del mensaje salvífico de Jesucristo también a los gentiles y la importancia de la fe frente a las obras de la Ley.

Estar al servicio de la comunión y buscarla es una tarea que implica ascesis. No es el resultado ingenuo de unas relaciones construidas sobre arena fácil. El Espíritu Santo nos acompaña en esta tarea, porque es cierto que somos pecadores, que nos cuesta ceder en nuestros pensamientos e ideas... que el trigo está mezclado con la cizaña en el mundo, en la Iglesia, en nuestra propia vida...

Por eso podemos afirmar que la comunión tiene un elemento de cruz.

Mirar la comunión desde la cruz significa ser conscientes de que todos tenemos nuestra culpa en una comunión aún no lograda y en las situaciones de ruptura. Existe un cierto miedo a la autocrítica, a la confrontación con otras realidades y al dejarnos juzgar. La apertura a un diálogo purificador es siempre sinónimo de madurez en la vida de la Iglesia. Cerrarnos en nuestras propias posturas es impedir al Espíritu de Dios que actúe.

Pero la Pascua implica un dinamismo histórico, un paso de la muerte a la vida. Estamos en camino hacia la comunión plena, hacia la Pascua de la creación, pero mientras la comunión será una palabra que tenemos que buscar, que construir y que cuidar. El ya pero todavía no marca también la búsqueda de la comunión.

Ese ya de la Pascua es real...en nuestra Iglesia, en nuestras asociaciones existe una comunión en lo básico, una comunión fundamental dentro de la pluralidad. Esta asamblea evidencia lo que estoy diciendo.

El Papa Francisco en el Sínodo de los Jóvenes ha insistido en la importancia de cuidar las relaciones personales: “no basta, pues, con tener estructuras, si no se desarrollan en ellas relaciones auténticas; es la calidad de estas relaciones, de hecho, la que evangeliza” (DF 129). *También con vistas a la misión, la Iglesia está llamada a asumir un rostro relacional que ponga en el centro la escucha, la acogida, el diálogo, el discernimiento común, en un camino que transforme la vida de quien forma parte de ella...* (DF 122).

La sinodalidad

Y para ir construyendo la comunión en la Iglesia, tenemos que implementar un talante nuevo, que se denomina: sinodalidad.

La sinodalidad es el camino que la Iglesia del siglo XXI está invitada a transitar. No estamos tanto ante un tema para reflexionar, sino más bien frente a una actitud, un modo de trabajar juntos en la Iglesia.

La sinodalidad es un elemento constitutivo en la Iglesia porque forma parte de su misma naturaleza. *“La puesta en acción de una Iglesia sinodal es el presupuesto indispensable para un nuevo impulso misionero que involucre a todo el Pueblo de Dios”* (DF 118).

Estamos llamados a recorrer la senda del caminar juntos y fortalecer las relaciones. La sinodalidad consiste en ir creando un “nosotros” eclesial compartido, es decir, que todos sientan como propia la biografía de la Iglesia.

Para poder crecer en sinodalidad es necesario que todos nos sintamos partícipes, corresponsables en la misión de la Iglesia. Que aprendamos a trabajar no por oficinas, sino por proyectos, que son los que nos ayudan a ir creciendo en búsqueda de objetivos y logros comunes.

La sinodalidad exige que haya siempre una actitud de diálogo y escucha fraterna. ¿cómo vamos a recorrer un camino juntos, sino nos hablamos y ni nos escuchamos?

Y la sinodalidad también pide que sepamos valorar lo que el otro nos

puede aportar y enriquecer, que estemos abiertos incluso a cambiar nuestro modo de pensar.

La sinodalidad nos hace sentirnos corresponsables en la misión de la Iglesia. Lo cual nos lleva también a esforzarnos y comprometernos en esa tarea que la Iglesia nos encomienda. Los laicos reclaman sinodalidad, participación y corresponsabilidad, pero no olvidemos las exigencias que esto comporta: tiempo, formación, compromiso público...

El tema de la sinodalidad y la corresponsabilidad en la Iglesia nos llevan a evitar caer en la tentación del clericalismo y a reconocer el protagonismo de la mujer en la Iglesia.

a) El clericalismo

El Papa Francisco ha exhortado en más de una ocasión a evitar la tentación del clericalismo, que no es una tentación exclusiva del clero, sino que afecta también a los laicos y por eso se denomina: tentación cómplice.

El clero cae en esta tentación cuando valora la adultez del laico teniendo en cuenta la cantidad de tiempo y energías que dedica a trabajar en la parroquia, olvidando que la acción del laico no se desarrolla primariamente allí, sino en la vida cotidiana (familia, trabajo...). Con frecuencia la multiplicación de los laicos en servicios sólo intraeclesiales deja entrever una imagen de los laicos, como servidores de los sacerdotes.

Afirma el Papa Francisco: *Muchas veces hemos caído en la tentación de pensar que el laico comprometido es aquel que trabaja en las obras de la Iglesia y/o en las cosas de la parroquia o de la diócesis...Sin darnos cuenta, hemos generado una elite laical creyendo que son laicos comprometidos solo aquellos que trabajan en cosas "de los curas" y hemos olvidado, descuidado al creyente que muchas veces quema su esperanza en la lucha cotidiana por vivir la fe. Estas son las situaciones que el clericalismo no puede ver, ya que está muy preocupado por dominar espacios más que por generar procesos" (Carta al CAL).*

Pero a veces son los laicos los que piden ser clericalizados, porque es más cómodo, te complica menos la existencia. Y esto sucede hasta el punto de que a algunos laicos lo que más le preocupa en su vida cristiana, para su participación en la misión de la Iglesia, es el poder estar más o menos cerca del altar y disputar al sacerdote alguna de sus funciones, más que su compromiso en el matrimonio y la vida familiar, en el mundo del trabajo, en una ciudadanía activa, responsable y solidaria. (¿cuáles son los encuentros de laicos que más éxito tienen en muchas de nuestras diócesis? Las Jornadas para ser ministros extraordinarios de la comunión...).

En el fondo, en este clericalismo, al menos desde el punto de vista de los sacerdotes, se percibe un cierto miedo y falta de confianza en una revalorización de los laicos, como si estos nos fueran a quitar algo que era nuestro. Tener miedo a la maduración de los laicos implica la defensa de posturas de poder e influencia, que se han ido acumulando a lo largo de los siglos pasados.

Es evidente que esta tentación cómplice de clericalismo se supera desde una eclesiología de comunión, en la que se entienda la vocación de los laicos y de los sacerdotes desde la complementariedad y definiendo la identidad de cada una de estas vocaciones.

b) El protagonismo de la mujer en la Iglesia

En este tema de la mujer en la Iglesia es necesario no realizar juicios apresurados e inexactos. No podemos olvidar que durante muchos siglos, el cristianismo ha sido el único ámbito donde las mujeres han podido estudiar, hablar y contribuir a la construcción de la tradición cultural. El cristianismo es la primera y la única religión que ha dado igual valor espiritual a mujeres y hombres.

Desde comienzos del siglo XX, cuando se afirma la liberación de la mujer en las sociedades occidentales, la Iglesia ha permanecido ajena a este cambio, que sin embargo, ella misma había promovido.

Se trata de que la Iglesia en el momento actual recupere esta cuestión, descubriendo el aporte tan importante de las mujeres en la tarea evangelizadora y ofreciéndoles también una palabra en la toma de decisiones, para que no sientan que en la Iglesia ocupan el último banco (Lucetta Scaraffia, *Desde el último banco*).

Pienso también que el protagonismo y la participación corresponsable de las mujeres en la Iglesia debe realizarse sin tener que vincularse al tema del sacerdocio femenino.

El Papa Francisco insiste en que tenemos aún que dar pasos en este sentido: «No se puede entender una Iglesia sin mujeres. Pero mujeres activas en la Iglesia, con su perfil, que vayan adelante. En la Iglesia hay que pensar en la mujer en esta perspectiva de decisiones arriesgadas, pero como mujer. Creo que todavía no hemos hecho una profunda teología de la mujer en la Iglesia. Sólo un poco de esto y de lo otro: lee la lectura, mujeres monaguillo, es la presidenta de Cáritas...Pero hay más. Hay que hacer una profunda Teología de la mujer».

En esta Iglesia en salida, el Papa Francisco apuesta claramente porque se pase del reconocimiento teórico de la dignidad y responsabilidad de la mujer en la Iglesia, al reconocimiento práctico.

«Sufro, lo digo de verdad, cuando veo en la Iglesia o en algunas organizaciones eclesiales que la función de servicio de la mujer, que todos tenemos y debemos tener, se transforma en un papel de servidumbre».

El Papa Francisco manifiesta que es urgente «estudiar criterios y modalidades nuevas para que las mujeres no se sientan invitadas sino participantes a título pleno en los distintos ámbitos de la vida social y eclesial. Este desafío no se puede retrasar más».

5. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

La grandeza de María radica, según su prima Isabel, en haber creído la Palabra del Señor, en la fe que tiene un aspecto de racionalidad y por tanto, de credibilidad. Porque la fe no se reduce a sentimientos, sino que es razonable. Y para saber dar razón de nuestra fe es imprescindible que los cristianos, los laicos, estén bien formados.

- La formación

El tema de la formación del laicado es una constante desde hace muchos años y sigue siendo uno de los grandes retos y desafíos en este momento eclesial.

El CLIM sitúa la formación en el marco de la Iglesia, misterio de comunión y misión. Y señala que: “la formación de los laicos es una prioridad de máxima urgencia para toda la Iglesia” (70).

Por eso debemos tomar conciencia sobre la importancia, urgencia y necesidad de una formación seria e integral de los fieles laicos. Cuando hablamos de formación integral nos referimos a una formación en las dimensiones: espiritual, doctrinal y humana. Se trata de una formación que además de “saber” vaya dirigida al “hacer” y una formación para y en la Iglesia, generadora de comunión.

Formar es ayudar a los que se están formando a que, de un modo progresivo, hagan suyos los mismos sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5). Se trata, en definitiva, de entender la formación como un proceso permanente de “renovación de espíritu y mentalidad”, de “revestirse de humanidad” (Ef 4,12-24).

La formación de laico es para: a) una presencia misionera en el mundo actual; b) una nueva evangelización fiel a la Buena Noticia de Jesús; c) el testimonio, el compromiso, la profecía, apoyados en la oración, la fidelidad y la esperanza.

6. Un Congreso Nacional de Laicos: Pueblo de Dios “en salida”

Teniendo presente estas claves que hemos subrayado: el discernimiento, la misión, la identidad cristiana y eclesial, la vocación a la santidad, la cultura del encuentro (acompañamiento), la comunión, sinodalidad, clericalismo, protagonismo de la mujer, formación, alegría...se está preparando en nuestra Iglesia española un Congreso de Laicos, que se celebrará los días 14-16 de febrero de 2020, en Madrid.

Un Congreso, cuyo lema es Pueblo de Dios en salida, y que pretende *impulsar la conversión pastoral y misionera del laicado en el Pueblo de Dios, como signo e instrumento del anuncio del Evangelio de la esperanza y de la alegría, para acompañar a los hombres y mujeres en sus anhelos y necesidades, en su camino hacia una vida más plena.*

El Congreso se plantea como un proceso, un camino marcado por la sinodalidad y el discernimiento, que tiene tres etapas:

La **primera etapa (pre-Congreso)** se realizará en el ámbito diocesano y en los movimientos y asociaciones.

Algunos grupos de laicos se han reunido, durante estos meses, para reflexionar sobre cuatro temas, elaborados por la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar, sobre la vocación a la santidad, con el método de *la lectio-divina* y tomando como referencia la Exhortación Apostólica del Papa Francisco, *Gaudete et exultate*.

En estos momentos se propone trabajar un Documento-cuestionario, que tiene tres partes: RECONOCER-INTERPRETAR-ELEGIR, en los grupos diocesanos constituidos a tal efecto.

Además, se celebrará un encuentro diocesano que permita recoger lo reflexionado en los grupos llevar a cabo una síntesis de aportaciones que servirán de referencia para la elaboración de un *Instrumentum Laboris*, que será trabajado en especial por quienes participen en el Congreso y que marcará, junto con las ponencias del mismo, las líneas generales del camino que se iniciará tras su celebración.

Esta primera etapa vendrá también enriquecida y reforzada por tres momentos de especial interés que celebraremos en los próximos meses:

- a) El Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar (9 de junio). Lema: “Yo soy una misión”.
- b) Mes misionero, convocado por el Papa Francisco (octubre).
- c) Jornada nacional de Delegados de Apostolado Seglar y Responsables de Movimientos y Asociaciones (26-27 de octubre). Temas de reflexión: los jóvenes, la mujer y la presencia pública.

La **segunda etapa** es propiamente la relativa al Congreso, que se celebrará en Madrid, los días 14-16 de febrero, en el Pabellón de Cristal (Casa de Campo). En él participarán representantes de todas las Diócesis españolas y de los diferentes movimientos y asociaciones de apostolado seglar hasta completar el número de 2000 personas. El objetivo fundamental es que en estos días se determinen propuestas concretas y líneas de actuación para dinamizar el laicado en nuestras diócesis de cara a los próximos años, por lo que se priorizará el trabajo en común sobre algunos temas fundamentales que nos atañen a todos: el primer anuncio, el acompañamiento, los procesos formativos y la presencia en la vida pública. También habrá ponencias que nos sirvan de contexto para la reflexión en grupos. Todo el Congreso tendrá dos líneas transversales fundamentales: **la sinodalidad (comunidad) y el discernimiento**.

La **tercera etapa** no se concibe como el final del proceso, sino como el inicio de nuevos caminos que permitan concretar lo reflexionado en la fase diocesana y lo vivido con motivo del Congreso.

Para llevar a cabo la difusión (gran parte del éxito de este proceso), se ha

elaborado una página web (www.pueblodediosensalida.com) un vídeo promocional. También se va a dar publicidad en las redes sociales, se elaborarán vídeos, podcast-cuñas publicitarias en radio y TV, folletos informativos, cartelería...

Resulta fundamental la implicación de todos en este proceso: obispos, sacerdotes, miembros de la vida consagrada y laicos. Y os animo a verlo como una oportunidad para la reflexión sobre un tema común a todos: el impulso misionero de nuestra fe cristiana y por qué no un paso adelante en la dinamización del laicado en España.

7. La criatura saltó de alegría en mi vientre

La visita de María, el encuentro con Jesús que está en su seno, produce alegría en Isabel y en la criatura que hay en su vientre: Juan Bautista.

Desde el inicio de su pontificado, el Papa Francisco repite que la fe cristiana infunde una alegría que el mundo no puede dar: la alegría del evangelio. Baste con mencionar, entre sus documentos mayores:

1. *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013): la alegría del evangelio.
2. *Amoris laetitia* (19 de marzo de 2016): la alegría del amor.
3. *Veritatis gaudium* (8 de diciembre de 2017): la alegría de la verdad.
4. *Gaudete et exsultate* (19 de marzo de 2018): alegraos y regocijaos.

A estos cabe sumar la primera carta a los consagrados y consagradas con motivo del año de la vida consagrada. En esta carta decía: «¿Qué espero en particular de este Año de gracia de la Vida Consagrada (2014)? Que sea siempre verdad lo que dije una vez: “Donde hay religiosos hay alegría”».

En *Evangelii gaudium*, n.1, el Papa Francisco va a afirmar que “con Jesucristo siempre nace y renace la alegría...”, porque Él es la fuente de donde brota la alegría.

De ahí que somos llamados a evangelizar no con cara de funeral, no siendo evangelizadores tristes, desalentados, impacientes, de los que piensan que “siempre se ha hecho así”, que somos pocos, que somos siempre los mismos y que somos muy mayores y que por tanto aquí ya no hay nada que hacer...

El motor de la evangelización es la alegría, el optimismo, el entusiasmo, la esperanza... que tiene su fundamento en la alegría de Cristo y siempre es una alegría misionera.

No solamente «un santo triste es un triste santo» (dicho adjudicado a Santa Teresa), sino que un apóstol triste, un discípulo misionero triste no difunde la buena noticia.

La alegría acompaña la misión, la evangelización, según la acertada formulación de Pablo VI: «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» (EN

80). La alegría, procedente del fervor, que engendra ardor apostólico. La alegría que renueva las fuerzas y la motivación para evangelizar en medio de las dificultades y los rechazos. La alegría que impide que el evangelizador se quem: se desgasta en una misión generosa, pero no se quema.

Os invito a los laicos, en este momento importante para la vida de nuestra Iglesia, en el que nos preparamos para celebrar un Congreso de Laicos, a que no nos dejemos robar la alegría y la esperanza, que como dice Bernanos son “los más preciados de los elixires del demonio”.

El Papa Francisco ha dicho que tiene un sueño para la Iglesia de Cristo: que sea una Iglesia misionera, una Iglesia en salida, una Iglesia que vive como Pueblo de Dios: Pueblo de Dios santo y fiel, en comunión.

Soñemos pensando que esta realidad es posible. Como dice el Papa Francisco: “tenemos necesidad de laicos con visión de futuro, no cerrados en las pequeñeces de la vida... tenemos necesidad de laicos con sabor a experiencia de vida, que se atrevan a soñar...” (Discurso del Papa Francisco a los participantes en el Consejo Pontificio para los laicos, 17/06/ 2016).

Luis Manuel Romero Sánchez
Director del Secretariado CEAS